

Lanz, Juan José y Natalia Vara Ferrero, eds.

Mentiras verdaderas: autorreferencialidad y ficcionalidad en la poesía española contemporánea. Sevilla: Renacimiento, 2016. 235 pp. (ISBN: 978-84-16981-01-4)

Desde hace aproximadamente cuatro décadas, algunos críticos vienen señalando la autorreferencialidad y la ficcionalidad como rasgos distintivos de la poesía española contemporánea y signos inequívocos de una posmodernidad que atenúa o desdibuja la objetividad, la autoría, los significados unívocos y el logocentrismo. Por supuesto, se trata de la práctica metapoética vertida en la interrogación sobre el propio ser de la poesía y su estatuto ficcional.

A fuerza de repetirse, hasta hace poco tiempo la crítica literaria ha creído que la autorreferencialidad ha sido propiedad (en sus dos sentidos) de la narrativa, y quizá por ello la lírica ha vivido de espaldas al autoquestionamiento ontológico-ficcional y a las fabulosas posibilidades significativas de las distintas modalidades de enunciación. Por supuesto, existe otra teoría literaria –más apegada a la crítica estético-filosófica que a la historiografía literaria– que sí ha venido señalando esta rica veta creativa. Por citar algunos nombres dentro de la crítica extranjera, en este ámbito teó-

rico se hallarían el T. S. Eliot de *Función de la poesía y función de la crítica*, el Michel Foucault de *Las palabras y las cosas*, el George Steiner de *Lenguaje y silencio*, la Susan Sontag de *Estilos radicales* y, por supuesto, algunos críticos muy vinculados a las teorías de la ficción como Lubomir Dolezel, Thomas G. Pavel, Wolfgang Iser, Martínez Bonati, Paul Ricoeur, etc. En España, esta línea de investigación fue acogida y desarrollada con fuerza por algunos profesores de Teoría de la Literatura como Antonio García Berrio y José María Pozuelo Yvancos, que pasaron después el testigo a otros investigadores como Andrew Debicki, Ricardo Senabre, César Nicolás, Ignacio Javier López, Ángel Luis Prieto de Paula, Leopoldo Sánchez Torre, Jonathan Mayhew, Tomás Albadalejo, Antonio Garrido Domínguez, Luis Martín-Estudillo, Manuel Alberca, Akram Thanoon..., así como algunos poetas destacados de este tiempo como Jenaro Talens, Jaime Siles y Guillermo Carnero. También habría que destacar las decisivas aportaciones del grupo de investigadoras de la Universidad de Mar del Plata con Laura Scarano, Marta Ferrari, Marcela Romano, tan citadas en los capítulos que compila este libro.

En el mismo centro de esta línea de estudios se sitúa desde hace años buena parte de la investigación del profesor Juan José Lanz, uno de los

editores junto a Natalia Vara Ferrero de este volumen. Intervienen además en el libro Almudena del Olmo Iturriarte, Antonio Jiménez Millán, Francisco Díaz de Castro y Josefa Álvarez. A todos les une un hilo conductor: observar cómo se desarrolla la autorreferencialidad y la ficcionalidad en varios poetas contemporáneos. La selección de los poetas no es fortuita y obedece a que basan buena parte de su creación en el uso de distintas estrategias de ficcionalidad lírica en tres sentidos: por un lado, los juegos de espejos entre la realidad y la ficción; por otro, la práctica poética como materia misma y objeto de la creación; y por último, la exploración en las distintas modalidades de la enunciación en la lírica (deshablamiento, monólogos dramáticos, escamoteo del sujeto, juegos de identidades, ilusión autobiográfica, etc.) más allá de la autocomplacencia subjetiva y el pacto confesional de naturaleza romántica.

Sin ánimo de hacer un análisis exhaustivo de cada uno de los trabajos, sí hemos de decir que el conjunto recorre toda la contemporaneidad de la poesía española desde el Medio Siglo: Almudena del Olmo Iturriarte escribe sobre Enrique Badosa (Generación del 50-Escuela de Barcelona); Juan José Lanz sobre Antonio Hernández (Promoción de los Sesenta); Antonio Jiménez Millán sobre Javier Egea, y

Francisco Díaz de Castro sobre Ángeles Mora (estos dos últimos poetas destacados de la generación de los ochenta, de la Experiencia o *La nueva sentimentalidad*); Natalia Vara vuelve sobre Ángeles Mora y además analiza a Marta Sanz, y finalmente Josefa Álvarez se centra en Ana Merino (poetas pertenecientes a las generaciones del nuevo siglo). Vistos en su conjunto, los seis estudios se muestran muy compensados: con intención o sin ella, existe paridad de género en críticos y poetas. Más allá de esta anécdota, sí apreciamos que la balanza crítica recorre un camino desde la poesía como autoconocimiento a la ilusión de la autobiografía. En ese camino observamos al menos una constante, la poesía como documento histórico en un sentido específico: el yo –en todas sus voces, dobleces y exilios– solo puede ser explicado a través de su circunstancia histórica.

Así como los poetas, los puntos de vista son también muy distintos, aunque complementarios. Almudena del Olmo analiza el ocultamiento biográfico en la obra de Enrique Badosa, deteniéndose principalmente en el *Cuaderno de ínsulas extrañas* (1973) como paradigma de un sujeto que emprende el conocimiento de sí mismo mediante tres factores: el viaje, la historia y la palabra. Para emprender esa aventura al conocimiento es necesaria una disolución o desrealización

del sujeto para dar protagonismo al propio lenguaje.

Juan José Lanz analiza la interdiscursividad y polifonía de uno de los libros más complejos de los últimos años, *Nueva York después de muerto* (2013) de Antonio Hernández, donde se dan cita tres voces poéticas: la de Luis Rosales a través de la evocación lorquiana, la del propio Lorca a través de sus poemas y, por último, una voz narrativo-evocadora que fusiona las anteriores mediante diversos recursos como la intertextualidad, el *pastiche*, el monólogo dramático, etc. Existe un objetivo ético en todo ello: descubrir lo común compartido entre los tres autores, tanto en sus biografías cruzadas como en su ideología, especialmente en la denuncia de la marginalidad (de las minorías) y de todo aquello que está desplazado del tronco principal de la Historia.

Por su parte, Antonio Jiménez Millán analiza la obra de Javier Egea desde su condición de crítico y también de poeta y amigo del autor. Se trata tal vez del estudio menos conectado al hilo conductor de la autorreferencialidad y metaficcionalidad, pues centra su análisis en la interesante trayectoria de este poeta que va desde la poesía de la experiencia al surrealismo y simbolismo, aunque siempre teñidos de un alto grado de compromiso tanto con la sociedad como con la propia poesía.

Los tres últimos estudios analizan la obra de escritoras. Aunque ni a críticos ni a autores les agrade valorar la escritura en función del género, lo cierto es que el uso de un sujeto lírico femenino condiciona muchas veces la interpretación, o la “precondiciona”, mientras que el sujeto lírico masculino parece que retoma la voz donde otro hombre dejara de hablar, como denuncia Alicia Genovese en *La doble voz* (1998). En cambio, por esto mismo, cuando la voz lírica no insiste en ser confesional, sino que juega a no serlo, puede producir efectos inesperados de alta relevancia significativa y de gran eficacia, sobre todo si, como es el caso, hasta la propia autobiografía es sometida a los juegos de espejos de la ficción. Entonces la enunciación femenina se revuelve contra los estereotipos tradicionales para mostrar su multiplicidad, su rol más activo y comprometido con el mundo y consigo misma.

Así, Francisco Díaz de Castro analiza las “ficciones autobiográficas” de Ángeles Mora que, partiendo de una base femenina e históricamente determinada, supera las marcas diferenciales de género mediante diversos recursos. En *Pensando que el camino iba derecho* (1982) rompe con la educación sentimental, se distancia de las voces líricas tradicionales femeninas o analiza fríamente los sentimientos; en *La canción del olvido* (1986) y en *La*

dama errante (1990) recurre al distanciamiento irónico; se desdobla en *Contradicciones, pájaros* (2001); en *Bajo la alfombra* (2008) hallamos un sujeto que busca su identidad (fantasmal) en el lenguaje de la propia poesía. Todas esas estrategias ficcionales cristalizan en su revelador *Ficciones para una autobiografía* (2015), donde se toma conciencia de que toda autobiografía es ficción, construcción, relato literario entendido como espacio para el conocimiento pero también asunción (inevitable) de la ficcionalidad de toda escritura.

El estudio de Francisco Díaz de Castro conecta perfectamente con el de Natalia Vara no solo porque comparten una de las autoras analizadas (Ángeles Mora), sino por la asunción de la autobiografía como ficcionalidad. La investigadora parte de los estudios sobre autoficción de Manuel Alberca, el cual señala un nuevo estatuto ficcional que ha aparecido en la narrativa de las últimas décadas en la que autor y protagonista tienen el mismo nombre, provocando que el propio yo adquiera un carácter ficcional. Este nuevo estatuto ficcional vuelve a poner de manifiesto la ambigüedad, fragmentación e inestabilidad referencial de un sujeto que, por otro lado, acaba exigiendo al lector un esfuerzo interpretativo por la incomodidad que entraña su pacto de lectura. Natalia Vara analiza esta estrategia en

Vintage (2013) de Marta Sanz y en *Ficciones para una autobiografía* (2015), de Ángeles Mora. Ambas autoras juegan deliberadamente con el género autobiográfico y problematizan sus estatutos asumiendo la ilusión autobiográfica, especialmente cuando el sujeto somete a revisión su memoria, una memoria (no solo biográfica, también ética, política) que solo puede fundar su relato entre las coordenadas del yo y las de la historia de la colectividad.

El libro se cierra con el interesantísimo estudio de Josefa Álvarez sobre la poesía de Ana Merino. Álvarez entronca las estrategias autoficcionales contemporáneas con la posmodernidad en lo que esta ha aportado a la crisis del sujeto, lo que en la obra de Merino se resuelve en una multiplicidad de voces en su decisión de alejarse del “ghetto sentimental” de las voces femeninas tradicionales. Esta multiplicidad enunciativa recibe el afortunado nombre de “nomadismo”; es decir, la creación de un sujeto que huye constantemente hacia voces muy diversas: personajes estigmatizados, socialmente excluidos, sirenas, brujas, mujeres cuyas vidas concluyeron trágicamente, pero también mujeres activas, reflexivas, comprometidas, siempre rebeldes e inconformistas. Este conjunto de voces, en suma, no limita a la mujer a una única perspectiva sino que la presenta en su riqueza y su multiplicidad,

una mujer reflexiva, sorprendente, amante, que huye de las rutinas, los encasillamientos y estereotipos.

En suma, a través de distintos estudios, este libro presenta también una multiplicidad de aproximaciones a la autorreferencialidad y a las distintas formas y modalidades de ficcionalidad en la poesía española contemporánea. El conjunto resulta realmente completo por las distintas voces estudiadas y por los distintos enfoques aplicados, así como por algunos hallazgos terminológicos que pueden resultar útiles en la nomenclatura de la teoría literaria y por poner las bases de futuras investigaciones sobre estas estrategias y focos de la teoría literaria que para muchos constituyen las parcelas más ricas –e inexploradas– de la lírica contemporánea.

Ramón Pérez Parejo
Universidad de Extremadura
rpp@unex.es

Mella, Olga Guadalupe

La correspondencia privada y literaria de Juan Valera, Emilia Pardo Bazán y Benito Pérez Galdós. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, 2016. 222 pp. (ISBN: 9788416533664)

La autora del presente libro analiza algunas de las obras epistolares principales de estos tres autores. El prólo-

go nos brinda una explicación clara y detallada del género epistolar. Siguiendo a Aumont y Jost, comienza analizándolo desde un punto de vista comunicativo y describe la carta como un medio de transmisión de un mensaje entre el emisor y el receptor. Pero se centra sobre todo en la epístola como género literario y en la problemática que implica la delgada línea que existe entre la carta real y la literaria.

Desde esta perspectiva, Mella aborda la novela epistolar del siglo XIX. Aunque el género nace propiamente en el siglo XVIII, le interesa sobre todo su desarrollo en la novela realista, consciente de que en esta época el género supone un problema dentro del marco literario en el que se encuentra. Por un lado, porque con la llegada del realismo se pierde el interés por la carta ficticia, a pesar de que proporciona una gran ilusión de realidad. Por otro, porque el desarrollo de la prensa hace que se extienda el uso de la carta abierta en los periódicos, donde el autor se dirige al lector generalmente para protestar contra una injusticia social contemporánea. Con todo, el género epistolar fue también cultivado por grandes autores a finales del XIX.

En el primer capítulo, dedicado a Juan Valera, se nombran los textos que el autor publicó en prensa, en especial las cartas desde Rusia. Aunque